

Algunas claves de la Revolución en el Río de la Plata (1810-1820)

Some keys of the Revolution in the Río de la Plata (1810-1820)

Gabriel Di Meglio*

Resumo: Os bicentenários das independências ibero-americanas provocaram uma revisão geral da historiografia desse período. Nesse artigo, utilizo algumas contribuições mais recentes sobre a questão para analisar, em primeiro lugar, os acontecimentos de 1810, e, a seguir, considerar quais as transformações que fizeram desse momento uma revolução. Finalmente, analiso em um dos aspectos da mudança que pesquisei: o aparecimento e a importância da participação política popular na cidade de Buenos Aires.

Palavras-chave: Revolução, Independência, Participação popular, Buenos Aires, Rio da Prata

Abstract: The bicentenaries of the Iberian-American independences have provoked a general historiographical review of that period. In this article I take some of the most recent approaches on the issue so as to explain, first, what happened in the 1810s, and then to consider which were the changes that made of that moment a revolution. Finally, I focus in one of the aspects (which I have researched) of the transformation: the appearance, the features and the importance of popular political participation in the city of Buenos Aires.

Keywords: Revolution, Independence, Popular participation, Buenos Aires, Rio de la Plata

* Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Universidad de Buenos Aires-Conicet.

La llegada del período de los bicentenarios de las independencias iberoamericanas ha dado lugar a varias revisiones de esa etapa fundamental, a la aparición de investigaciones sobre aspectos desconocidos hasta ahora del proceso y al surgimiento de algunas discusiones.

En este artículo tomo los avances del campo historiográfico argentino en esa cuestión para realizar una mirada general sobre la Revolución. En primer término, delinearé el desarrollo de los acontecimientos principales en la región rioplatense en la década de 1810, pensando particularmente en lectores no familiarizados con su historia. Luego señalaré cuáles son los aspectos que hacen de la revolución iniciada en 1810 precisamente una revolución, es decir, una transformación rápida y profunda de la realidad. Finalmente, revisaré uno de esos aspectos: la participación popular en la política en la ciudad de Buenos Aires.¹

Años agitados

La invasión francesa a la Península Ibérica en 1808, cuyo correlato fue la prisión del rey Fernando VII y la entronización en su lugar del hermano del emperador Napoleón Bonaparte, provocó un verdadero cataclismo en el mundo hispano. Fue el corolario de una crisis que la monarquía venía sufriendo ya por décadas y que se había hecho evidente desde el desastre naval de Trafalgar tres años antes. En 1808, mientras las ciudades peninsulares formaban juntas para conservar la soberanía hasta que volviera el monarca al que consideraban legítimo e iniciaban la resistencia armada, las autoridades coloniales en América lograron mantener el *statu quo*, pese a lo cual surgieron varias agitaciones. En el Virreinato del Río de la Plata hubo distintas reacciones, desde la aparición del *Carlotismo* – movimiento que proponía una regencia de la hermana de Fernando VII, instalada en ese momento en el Brasil por ser la esposa del príncipe regente portugués-, hasta la formación de dos juntas autónomas en el Alto Perú, que fueron duramente reprimidas. La debacle militar española de 1810, sin embargo, daría lugar a un desenlace diferente: la llegada de la noticia de la caída de toda la Península en manos francesas y de la total acefalía política, llevó a Caracas, Santiago de Chile, Cartagena de Indias, San José de Bogotá y

¹ La bibliografía reciente sobre el período es vasta. Aquí se citan, por razones de espacio, sólo algunos textos fundamentales para las cuestiones abordadas. También se utilizan pocas fuentes. Me ocupó de los territorios que integraron el Virreinato del Río de la Plata, con excepción del Alto Perú.

algunas ciudades mexicanas, sin ponerse de acuerdo entre sí, a acudir a la idea de retroversión de la soberanía a los pueblos para formar juntas de gobierno que reemplazaran el poder real. Eso fue también lo que ocurrió en la capital del Virreinato del Río de la Plata en mayo de 1810.²

Ante la difusión de las nuevas en Buenos Aires, una multitud se reunió para exigir la convocatoria a un cabildo abierto, en el cual se decidió por mayoría la destitución del virrey y la formación de una junta de gobierno. El virrey saliente intentó ponerse a la cabeza de la nueva junta, pero el 25 de mayo una movilización ante el Cabildo, apoyada por el Regimiento de Patricios (un cuerpo miliciano formado por vecinos de la ciudad tras la victoria sobre una invasión británica en 1806), lo obligó a renunciar e impuso una junta sin participación de las viejas autoridades. El nuevo gobierno invitó inmediatamente a los pueblos del virreinato a enviar diputados para integrarse en el cuerpo colegiado, al tiempo que envió una expedición militar hacia el norte para garantizar que la decisión adoptada en Buenos Aires fuera obedecida en todos lados.

Los primeros enemigos de la revolución fueron las autoridades coloniales, a quienes llamaban los “mandones”, y todos los que en el Virreinato no aceptaron a la Junta y se declararon fieles al Consejo de Regencia instalado en Europa, como ocurrió con las ciudades de Córdoba (pronto derrotada por la expedición que partió de Buenos Aires), Montevideo, Asunción del Paraguay y las del Alto Perú. Al poco tiempo, el enemigo de los revolucionarios se iría redefiniendo: como la mayoría de los nacidos en España estuvieron en contra de la revolución y los criollos estaban mayoritariamente a favor, el conflicto pasó de ser un levantamiento contra las autoridades coloniales, una lucha entre americanos y españoles. Es que con el estallido revolucionario varias de las tensiones que existían en el Virreinato del Río de la Plata se hicieron explícitas y se politizaron. En primer lugar, el resentimiento de los americanos hacia los españoles nacidos en Europa, que en la última parte del siglo XVIII empezaron a ocupar casi todos los cargos

² Para este proceso hay una profusa bibliografía. Véanse principalmente T. Halperin Donghi, *Reforma y disolución de los imperios ibéricos*, Madrid, Alianza, 1985; F. X. Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; J. M. Portillo Valdés, *Crisis atlántica. Autonomía e independencia en la crisis de la monarquía hispana*, Madrid, Marcial Pons, 2006. Para el caso de Buenos Aires véase Noemí Goldman, *¡El pueblo quiere saber de qué se trata! Historia oculta de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Sudamericana, 2009.

administrativos y a tener privilegios de distinto tipo.³ Más tarde ocurriría algo similar con otras tensiones sociales.

El primer objetivo de los revolucionarios de 1810 fue el autogobierno, en principio dentro de la monarquía y hasta que retornara el rey prisionero. El sistema que pensaban era “emancipar a las colonias de la tiranía de la madre patria”, pero no salir de la monarquía; pertenecer a la Corona pero no a España.⁴ Esa posición inicial iría dando paso rápidamente a un proyecto más ambicioso, de cambio político y social, que estuvo ligado a la figura descollante de la Junta, el secretario Mariano Moreno. Para él la revolución no era sólo un cambio de autoridades, sino que implicaba una transformación completa del orden vigente; era la reinstalación de la libertad, la razón y la justicia universales. Moreno creó el periódico *La Gaceta*, órgano de difusión del gobierno, y allí sostuvo que pese al amor que los americanos tenían por su monarca preso, lo cierto es que éste no era legítimamente rey porque los americanos no consintieron que él fuera su soberano sino que se impuso por conquista. En esa crítica del dominio colonial estaba el germen de la idea de independencia.⁵

Las diferencias entre el sector radical conducido por Moreno y un sector más moderado – en principio opuesto a llevar adelante más cambios que la ruptura ya realizada- agrupado en torno del presidente de la Junta, el comandante de los Patricios Cornelio Saavedra, llevó a la primera división entre los revolucionarios. La incorporación de los diputados del Interior, favorables a la posiciones saavedristas, obligó a Moreno a renunciar y a marchar a una misión diplomática (en la que pronto moriría). Sin embargo, algunos de sus partidarios siguieron en la Junta. Para desplazarlos, los saavedristas organizaron en abril de 1811 una movilización de miembros del “bajo pueblo” de Buenos

³ Para los resentimientos antiespañoles véanse Gustavo Paz, “La hora del Cabildo: Jujuy y su defensa de los derechos del ‘pueblo’ en 1811”, Fabián Herrero (comp.), *Revolución: Política e ideas en el Río de la Plata durante la década de 1810*, Buenos Aires: Ediciones Cooperativas, 2004, pp. 149-166; Sergio Serulnikov, “Las proezas de la Ciudad y su Ilustre Ayuntamiento”: Simbolismo político y política urbana en Charcas a fines del siglo XVIII”, *Latin American Research Review*, vol. 43, n. 3, 2009, pp. 137-165; y Mariana Pérez, *En busca de mejor fortuna. Los inmigrantes españoles en Buenos Aires entre el Virreinato y la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Prometeo, 2010.

⁴ La cita, de Matías Irigoyen, en Noemí Goldman, “Buenos Aires, 1810: la ‘revolución’, el dilema de la legitimidad y de las representaciones de las soberanía del pueblo”, *Historia y política* (Madrid), en prensa.

⁵ Noemí Goldman, *Historia y lenguaje. Los discursos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2000.

Aires, apoyados por las tropas, con la cual inauguraron una práctica para presionar o remover gobiernos que sería fundamental de ahí en más.

De hecho, los saavedristas perdieron el poder de esa manera cuando llegaron las noticias de un gran descalabro de la expedición militar enviada al norte. El ejército había ocupado al principio todo el Alto Perú, pero tropas organizadas por el virrey del Perú terminaron derrotándolo duramente en junio de 1811. En septiembre la nueva arribó a la capital y la consiguiente agitación removió a la Junta; el Cabildo de Buenos Aires formó un gobierno nuevo – integrado por una facción también nueva – para todos los territorios revolucionarios: el Triunvirato. Éste tuvo que lidiar con una situación bélica cada vez más compleja. El ejército del Norte debió retroceder hasta Tucumán, donde Manuel Belgrano logró una importante victoria que detuvo el avance de los leales al Consejo de Regencia. Pero los revolucionarios no lograban tomar Montevideo – plaza amurallada – al tiempo que una expedición militar ya había fracasado en obligar a Asunción a plegarse a la Revolución.⁶ La contienda había sido desde el principio una guerra civil entre americanos de uno y otro lado, y españoles residentes en América, peleada con recursos locales. Su prolongación obligó a buscar la profesionalización de los ejércitos y a realizar reclutamientos más amplios, con lo cual las consecuencias en la sociedad empezaron a ser más fuertes.

El Triunvirato fue bastante moderado en sus posiciones políticas y fue presionado por el grupo morenista, que se organizó en la Sociedad Patriótica, dirigida por el radical Bernardo de Monteagudo. Ese club terminó fusionándose con la Logia Lautaro, una sociedad secreta creada por algunos oficiales americanos que habían luchado contra Bonaparte para el ejército español y que en 1812 se trasladaron al Río de la Plata para ponerse al servicio de la Revolución; sus dirigentes eran Carlos de Alvear y José de San Martín. En octubre de 1812, la Logia derribó al

⁶ Asunción se declaró a favor del Consejo de Regencia y en marzo de 1811 reunió tropas que derrotaron a la pequeña expedición que llegó desde Buenos Aires mandada por Belgrano. Sin embargo, dos meses más tarde una parte de la elite asunceña desplazó al gobernador español y formó una junta autónoma. Asunción firmó un tratado con Buenos Aires y se dispuso eventualmente a integrar una confederación con esa ciudad, mientras mantenía una autonomía total. La Junta fue reemplazada en 1813 por un consulado de tres miembros; uno de ellos, José Gaspar de Francia, se convertiría al año siguiente en “Dictador Supremo de la República del Paraguay”. Impondría un férreo régimen que logró subordinar a la elite asunceña e impulsó un aislamiento casi total del Paraguay, evitando así la ingerencia porteña y del resto del Litoral, y manteniéndose fuera de las convulsiones bélicas. Francia lograría mantener ese sistema hasta su muerte, en 1840. Véase Nidia Areces y Beatriz González de Bosio, *El Paraguay durante los gobiernos de Francia y los López*, Asunción, El Lector, 2010.

gobierno mediante una movilización de tropas y de miembros del bajo pueblo, y creó el Segundo Triunvirato.

Las premisas de la Logia eran ganar la guerra contra los enemigos de la Revolución, declarar la independencia absoluta y mantener el centralismo, es decir que todas las decisiones se tomaran desde la capital. Decidió concentrar el poder, para lo cual se reemplazó al Triunvirato por una figura individual, el Director Supremo. El gobierno de la Logia se basó en el manejo secreto e inconsulto, y procuró limitar la movilización popular. En 1813 convocó a representantes de las provincias a un congreso con el objetivo de sancionar una constitución. Esta *Asamblea del año XIII* tomó una serie de medidas importantes: proclamó la libertad de vientres, por medio de la cual todos los hijos de esclavos iban a nacer libres a partir de entonces; suspendió el tributo indígena; dejó de jurar fidelidad a Fernando VII; abolió los títulos de nobleza y la inquisición; prohibió la tortura. Se esperaba que declarara la independencia, pero el cambio de situación en Europa, donde Bonaparte empezó a ser derrotado, hizo que los diputados pausaran la marcha a la espera de qué podía ocurrir. Por lo tanto, no hubo independencia, ni tampoco constitución.

Los Directores Supremos realizaron un gran esfuerzo para equipar a los ejércitos de pertrechos y tropas, ampliando el reclutamiento con la incorporación de esclavos a las filas y con levadas masivas. De todos modos, no consiguieron logros en el área principal de la contienda. La ofensiva lanzada sobre el Alto Perú en 1813 obtuvo dos importantes derrotas, tras las cuales los enemigos contraatacaron y volvieron a tomar Salta. Ante la hostilidad general y lo difícil de mantener la posición los ocupantes se retiraron, y en 1815 los revolucionarios volvieron a avanzar sobre tierras altoperuanas, para ser otra vez vencidos decisivamente. El mayor éxito de la Logia en la guerra fue conquistar Montevideo, el baluarte contrarrevolucionario en el sur, en junio de 1814, triunfo que evitó la llegada de tropas españolas al Río de la Plata. Sin embargo, el Directorio pronto tuvo que dejar toda esa región, la Banda Oriental, en manos de los revolucionarios locales, cuya oposición al gobierno central se convirtió en una exitosa resistencia armada tras la caída de Montevideo.⁷

⁷ Véanse Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, y Pilar González Bernaldo, "Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813", en AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, p. 27-51.

El origen de esa disidencia se anclaba en el origen de la Revolución. Si ésta se había hecho en nombre del retorno de la soberanía a los pueblos, ¿por qué Buenos Aires tenía preeminencia sobre los otros? Los porteños decían que era la antigua capital y que tenía más recursos económicos y culturales para dirigir al ex virreinato, lo cual fue aceptado por buena parte de las ciudades. Pero también hubo una creciente tendencia a la autonomía, muy resistida por la capital en la zona de su inmediata influencia: el litoral de los ríos Uruguay y Paraná. El líder del levantamiento de la Banda Oriental, iniciado en las áreas rurales en 1811, era José Artigas, quien apoyó primero a los gobiernos porteños pero luego se empezó a oponer al centralismo y planteó reemplazarlo por un sistema confederal en el cual todas las provincias estarían en igualdad de condiciones. Esa propuesta hizo que los diputados orientales fueran rechazados por la Asamblea del año XIII, dominada por la Logia Lautaro. Buenos Aires intentó acabar con el poder de Artigas, pero éste obtuvo un fuerte respaldo en Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y la zona en la que habían estado las misiones jesuitas hasta el siglo XVIII. Todo el Litoral y la Banda Oriental formaron la *Liga de los Pueblos Libres*, confederal y bajo el protectorado de Artigas, y dejaron de obedecer al gobierno central. Para 1815, entonces, el territorio revolucionario estaba partido en dos.

Asimismo, ese mismo año el resto del Interior empezó a mostrarse harto del centralismo del Directorio. Para colmo la economía estaba arruinada tras la separación del Alto Perú – sede de las minas – y por los efectos de la guerra; las noticias de Europa – regreso de Fernando VII al trono, formación de la Santa Alianza que condenaba a los gobiernos surgidos de revoluciones- atemorizaban a la dirigencia; y el resto de los focos revolucionarios americanos – México, Nueva Granada, Venezuela, Chile- había caído otra vez en poder realista. La crisis parecía total.

Una reacción general – que implicó otra vez una agitación popular – derribó a la Logia Lautaro, expulsando al Director Supremo Alvear. Tras un período de confusión, ascendió al poder un grupo más conservador, encabezado por el también porteño Juan Martín de Pueyrredón, que volvió a reestablecer los vínculos entre el Interior y Buenos Aires (pero no con el Litoral artiguista). Este grupo más moderado fue sin embargo el que impulsó la declaración de independencia. Esto se explica porque parecían tener pocas alternativas: los territorios recapturados por los realistas habían sido violentamente reprimidos, la intransigencia de Fernando VII no permitía una vuelta atrás. Un congreso reunido en

Tucumán declaró la independencia de un territorio de límites imprecisos que por consiguiente fue llamado *Provincias Unidas en Sudamérica*. El nombre “argentina” sólo se usaba en esa época para llamar a la gente que vivía a orillas del Río de la Plata, como los porteños (porque *argentum* significa plata en latín). Los contemporáneos se reconocían a sí mismos como del lugar en el que habían nacido – cordobeses, salteños, sanjuaninos, porteños, riojanos, etc – y como *americanos*. No había todavía una identidad nacional; ella se iba a formar más adelante, como consecuencia de la independencia y de haber combatido por una causa común durante los años revolucionarios.⁸

Los diputados no se pusieron de acuerdo acerca de cuál debía ser la forma de gobierno del nuevo país, si una república o una monarquía, y dejaron la resolución en suspenso, manteniendo de hecho un sistema republicano. Lo que no sufrió desafíos en el congreso fue el centralismo (más tarde los congresales se trasladaron a Buenos Aires, donde sancionarían en 1819 una constitución centralista que no llegó a aplicarse). A la vez, el Congreso procuró afianzar el giro conservador. Al día siguiente de declarar la independencia, proclamó “fin de la revolución, principio del orden”. Sin embargo, mientras continuara la guerra de independencia, ese orden anhelado por las elites iba a resultarles imposible de ser construido.

En el Congreso de Tucumán participaron diputados de ciudades que estaban ocupadas por los realistas y que hoy no forman parte de la Argentina: Tarija, Potosí y Cochabamba. Las provincias que integraban los *Pueblos Libres*, enfrentadas con el Directorio, no estuvieron presentes. Ellas se consideraban desde 1815 independientes de España y de cualquier otro país, aunque sin una declaración formal.

Las *Provincias Unidas en Sudamérica* enfrentaban un desafío complejo. La apuesta fue apoyar a la expedición que el general San Martín organizaba para atacar a los realistas que ocupaban Chile, eludiendo así otro posible fracaso en el Alto Perú. La conducción de la guerra en el norte quedó a cargo del gobernador de Salta Martín Miguel de Güemes, quien con sus milicias se dedicó a combatir las incursiones de los realistas altoperanos a través de una guerra de guerrillas. A este panorama bélico se sumó la guerra civil entre el gobierno central ubicado en Buenos Aires y los Pueblos Libres artiguistas, que se libró intermitentemente en los años sucesivos.

⁸ José Carlos Chiamonte, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*, Buenos Aires, Ariel, 1997.

El éxito acompañó al plan de San Martín, desde el cruce de los Andes en 1817 y la derrota de los realistas de Chile en 1819 hasta la ocupación de Lima, base del poder español en América del Sur, en 1821. En el Río de la Plata, el alto costo del conflicto en fue debilitando al gobierno central, que debió delegar a figuras de cada provincia la capacidad de reclutar hombres y recursos para la lucha (éste fue el origen de los futuros caudillos). Por su parte, el enfrentamiento entre la capital y los artiguistas terminó destruyendo a ambos sistemas: el gobierno de Pueyrredón apoyó implícitamente en 1816 una invasión portuguesa a la Banda Oriental que terminó derrotando y expulsando a Artigas en enero de 1820; algunos días más tarde, uno de los principales comandantes artiguistas, el entrerriano Francisco Ramírez, unido con el gobernador de Santa Fe Estanislao López, venció a las tropas porteñas del Directorio, obligándolo a disolverse junto con el Congreso. En 1820, entonces, el gobierno central surgido en 1810, y con él lo que quedaba del sistema revolucionario, desapareció. Sólo quedaron provincias sin ningún tipo de organización institucional por encima de ellas.⁹

Los cambios revolucionarios

¿Terminó la revolución en 1820, con el colapso de los sistemas políticos surgidos de ella? No hay acuerdo sobre esto. Es indudable que muchos fenómenos abiertos por la revolución tomarían mucho tiempo; la construcción de los estados nacionales en la región, por caso, no finalizaría hasta el último tercio del siglo. Incluso la guerra no terminó en aquel año: en el actual norte argentino duró hasta 1824, y en el sur de las Pampas se mantuvo una guerrilla realista integrada sobre todo por indígenas hasta 1832.¹⁰ De todos modos, la década de 1820 sirve como punto final para poder evaluar los cambios inmediatos, aquellos que la Revolución causó ante los ojos mismos de sus protagonistas.

El primer aspecto que aparece como novedad, por supuesto, es la formación de cuatro nuevas configuraciones “nacionales” en lo que

⁹ Halperin Donghi, *Revolución y Guerra*, op. cit. Otras miradas generales sobre el proceso en Geneviève Verdo, *L'indépendance argentine entre cités et nation (1808-1821)*, Paris, Publications de La Sorbonne, 2006, y Gabriela Tío Vallejo, “Rupturas precoces y legalidades provisorias. El fin del poder español en el Río de la Plata”, *Ayer. Revista de historia contemporánea*, n. 74, 2009, p. 133-172.

¹⁰ Para una reflexión sobre la duración de la revolución y una revisión regional de las transformaciones véase Raúl Fradkin, “¿Qué tuvo de revolucionaria la revolución de independencia?”, *Nuevo Topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, n. 5, 2008, p. 15-43.

había sido el Virreinato del Río de la Plata: las Provincias Unidas, que en 1826 adoptarían el nombre de República Argentina, Paraguay, Bolivia y Uruguay (aunque la construcción de los respectivos estados nacionales sería lenta).

Un segundo cambio decisivo es el de los criterios por los cuales unos mandaban y otros obedecían. Los que en 1810 eran súbditos de un rey se habían convertido para 1820 en ciudadanos republicanos. Pese a que también la construcción efectiva de esa ciudadanía iba a llevar tiempo, la instalación de un sistema tan diferente no deja de ser muy significativa. El gobierno del pueblo comenzó a ejercerse de hecho en 1810, pero su adopción de derecho sería más compleja. Si bien ya a inicios de 1811 el periódico revolucionario *La Gaceta* defendía las ventajas del “gobierno popular” y “en manos de muchos”, la dirigencia no se arriesgaba a hablar directamente de la instalación de una forma de gobierno republicana.¹¹ La primera defensa abierta de esa posibilidad la hizo la Banda Oriental, que envió a sus diputados a la Asamblea del año XIII con instrucciones al respecto; el artiguismo mantuvo esa posición inalterablemente. En las Provincias Unidas dirigida por Buenos Aires la cuestión fue más disputada, sobre todo a partir de 1815, con la Restauración europea. Los que se inclinaban por instaurar una república, apelaban a la tradición clásica y argumentaban que creaba virtud cívica. Otros preferían buscar un rey en Europa para legitimar la revolución ante los reyes del Viejo Continente; varios antiguos republicanos adoptaron ideas monárquicas por esta razón. Fue el caso de Belgrano, quien propuso una línea americanista: hacer rey a un descendiente de los incas, Juan Bautista Tupac Amaru, pero nadie lo respaldó. Finalmente, la derrota del Directorio en 1820 terminó con los proyectos monárquicos. La identificación de la república con el sistema representativo, opuesto a la democracia (que se ejercía por ejemplo en los cabildos abiertos) fue lo que permitió que quienes antes de ese año se inclinaban por la creación de una monarquía constitucional adoptaran velozmente la solución republicana.¹² Uno de ellos, Bernardino Rivadavia, sostuvo que el triunfo de la república no fue producto de una preferencia sino “de la fuerza de las cosas”.¹³

¹¹ “Orden del día”, 14 de febrero de 1811, *Gaceta de Buenos Aires*, T. II, Buenos Aires, 1910, p. 109-10.

¹² Rubén Salas, *Lenguaje, Estado y poder en el Río de la Plata (1816-1827)*, Instituto de Investigaciones de Historia del Derecho, Buenos Aires, 1998.

¹³ Cit. en Ricardo Piccirilli, *Rivadavia y su tiempo*, T. 3, Buenos Aires, Peuser, 1960, p. 293.

Es menos claro cómo el republicanismo obtuvo su aceptación popular. La Revolución se hizo en nombre de la soberanía del pueblo, y si bien eso era compatible con una monarquía, también hacía perfecto sistema con la idea de efectivo gobierno popular. Junto a eso, lo que parece haber sido decisivo fue la identificación general con la causa de la Patria. La tríada identitaria colonial era Dios, la Patria y el Rey, pero la guerra de los años 10 la disolvió al oponer a la Patria con el Rey; como aquella adoptó de hecho la forma republicana de gobierno, una y otra se fueron transformando en lo mismo quienes lucharon en su nombre. De ahí parece haber provenido una abstracción: la Patria fue equivalente a la república y el Rey, el enemigo, a la monarquía como un todo. A la vez, esto coincidía bien con las ambiciones igualitaristas que eran frecuentes en el Río de la Plata, muy claras en el artiguismo (con su consigna de que “nadie es más que nadie”).¹⁴ El payador oriental Bartolomé Hidalgo, que también fue popular en Buenos Aires, cantaba que “el Rey es hombre cualquiera”, y que “no se necesitan reyes / para gobernar los hombres / sino benéficas leyes”.¹⁵

Otra transformación profunda iniciada en 1810 fue económica. En el período colonial todo giraba en torno de la minería altopereana, en particular de Potosí. El bien más exportado a través del puerto de Buenos Aires era por lejos la plata, y buena parte de los territorios rioplatenses se dedicaban a abastecer de distintos productos a esa región. Los descabros provocados por la guerra y la pérdida del Alto Perú por parte de los revolucionarios no dejaron más alternativas que volcar los recursos a la producción pecuaria para la exportación. El librecambio, promovido por los comerciantes británicos y por sectores criollos como los hacendados porteños desde antes de 1810 – e instalado por primera vez por el virrey Cisneros en 1809 para obtener recursos- se volvió una clave económica. El Litoral era el más favorecido para aprovechar la nueva situación; sin embargo, territorios donde la ganadería se había desarrollado fuertemente en el siglo XVII, como la Banda Oriental y Entre Ríos, vieron sus stocks destruidos por la guerra. Buenos Aires, en cambio, con pocos enfrentamientos librados en su territorio, empezó a volcarse con fuerza a la producción de cueros y vivió un

¹⁴ Véase Gabriel Di Meglio, “República”, en Javier Fernández Sebastián (dir.), *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, Madrid, Fundación Carolina-SECC-CEPC, 2009, p. 1270-1281.

¹⁵ “Cielito a la venida de la expedición española al Río de la Plata” y “Un gaucho de la guardia del Monte contesta al Manifiesto de Fernando VII”, en Bartolomé Hidalgo, *Cielitos y diálogos patrióticos*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1967, p. 26 y 31.

despegue económico. Esa reorientación económica sería el inicio de una organización económica que se consolidaría más tarde en el modelo agroexportador argentino de fines del siglo XIX.¹⁶

A la vez, este cambio trajo aparejado otro en la cúspide social. Los antiguos comerciantes monopólicos ligados con Cádiz fueron algunos de los principales perdedores de la Revolución. El comercio quedó pronto en manos de los comerciantes británicos, mientras que los sectores más ricos del Litoral volcaron sus no tan abundantes capitales a la producción ganadera. Así, la posición dominante que los comerciantes tenían en Buenos Aires hasta 1810 fue reemplazada en los años 20 por la de los estancieros. Ese fue el origen de la poderosa clase terrateniente, decisiva en Argentina por décadas desde entonces.¹⁷

Una novedad crucial de la Revolución fue el surgimiento de una vida política conflictiva y multclasista. Por un lado, del seno de la elite surgió lo que hoy se denominaría una “clase política”; fueron muchos los que empezaron a dedicarse a lo que algunos contemporáneos llamaban “la carrera de la revolución”, a llenar sus días de actividad política. Y otra novedad fue que varias mujeres de la elite empezaron a participar en esa política, discutiendo los asuntos públicos en sus tertulias o al reunirse en pequeños grupos. Algunos hombres se preocuparon por ese dato, que iba en contra del lugar pasivo que se asignaba a las mujeres en la sociedad. En marzo de 1813 un anónimo imprimió un texto que decía: “da vergüenza, y toca ya la raya de lo escandaloso el modo libre en que se expresa un número no muy despreciable de jóvenes patricias en orden a los negocios políticos”; retiradas “a lo oscuro y más recóndito de sus retretes”, hablan de múltiples asuntos y entre otras cosas “satirizan las más sabias disposiciones de nuestro gobierno”.¹⁸ El autor pedía que se las castigara. Pero muchas siguieron interviniendo en política y algunas se volvieron famosas por eso, como Macacha Güemes, Melchora Sarratea y Mariquita Sánchez de Thompson.

Asimismo la vez, esa vida política empezó muy pronto a involucrar a sectores ajenos a las elites, y ese fue un cambio trascendental. En distintas partes del ex Virreinato del Río de la Plata se dio una

¹⁶ Un buen resumen de esta temática en Jorge Gelman, “El mundo rural en transición”, en Noemí Goldman (dir.), *Nueva Historia Argentina*, tomo 3, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, p. 71-101.

¹⁷ Tulio Halperin Donghi, “Clase terrateniente y poder político en Buenos Aires (1820-1930)”, *Cuadernos de Historia Regional*, n. 15, 1995, p. 11-46.

¹⁸ “Memoria sobre la necesidad de contener la demasada y perjudicial licencia de las mujeres en el hablar”, Impresos, biblioteca John Carter Brown, 68-334-181.

participación popular que devino fundamental. En la Banda Oriental, peones, ocupantes de tierra sin título, esclavos y otros integrantes del universo popular que siguieron a Artigas buscaron con la lucha a favor de la Revolución mejorar sus condiciones de vida, asegurar el respeto de derechos consuetudinarios y lograr una sociedad más justa; presionaron en 1815 para obtener tierras de los “malos europeos y peores americanos”, enemigos del sistema, hasta que la invasión portuguesa puso fin a la experiencia.¹⁹ En Salta y Jujuy, los campesinos – llamados “gauchos” en ese momento – que se movilizaron en 1814 contra los realistas y terminaron liderados por Güemes, consiguieron el fuero militar, que les permitía no ser juzgados por el Cabildo sino por sus más permisivos oficiales, y dejaron de pagar los arriendos mientras durara la guerra.²⁰ Le dieron un sentido propio al concepto de patria, en nombre del cual luchaban, que incluía las nociones de igualdad ante la ley y abolición de las distinciones étnicas; a la elite le costó muchos años lograr la desmovilización y el reestablecimiento del orden social.²¹ Ambos movimientos tuvieron una fuerte base rural y desafiaron abiertamente el orden social. Fueron los más radicales de la región pero no los únicos. También otras zonas vivieron conmociones populares, como Mendoza, donde en 1812 hubo una fallida revuelta de esclavos, y el resto del Litoral artiguista, donde hubo otros desafíos al orden, como ocurrió en Entre Ríos y en la zona de las antiguas misiones jesuitas, donde hubo una amplia movilización indígena.²² También en la ciudad de Buenos Aires la participación popular fue decisiva. Aunque el desafío allí al orden social fue menos claro, los efectos de la acción plebeya fueron de mucho peso, en particular porque al ser una capital, los movimientos con presencia popular tenían consecuencias que iban más allá del ámbito urbano; si caía un gobierno, implicaba a todas las Provincias Unidas. A continuación me ocuparé de ese tema, apelando a mis propias investigaciones.

¹⁹ Ana Frega, *Pueblos y soberanía en la revolución artiguista. La región de Santo Domingo Soriano desde fines de la colonia hasta la ocupación portuguesa*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2007.

²⁰ Sara Mata, *Los gauchos de Güemes. Guerras de independencia y conflicto social*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2008.

²¹ Gustavo Paz, *Province and Nation in Northern Argentina. Peasants, Elite, and the State, 1780-1880*, tesis doctoral, Emory University, 1999.

²² Beatriz Bragoni, “Esclavos, libertos y soldados. La cultura política plebeya en Cuyo durante la revolución”, en Raúl Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, p. 107-150. Para el Litoral véase el artículo de Raúl Fradkin en este mismo dossier.

La participación política popular en la ciudad de Buenos Aires

Casi un año después de la instalación de la Primera Junta, lo he mencionado ya, la dirigencia revolucionaria empezó a tener divisiones internas que llevaron a una ruptura entre una facción más radical y otra más moderada. ¿Cómo dirimir un enfrentamiento ahora que ya no se contaba con la autoridad metropolitana para desempatar? Los saavedristas encontraron un camino para quitar de en medio a los diputados morenistas de la Junta: apelar a una agitación popular. Pero ¿quién podía protagonizarla? Hallaron la respuesta en quienes ocupaban la porción más baja de la sociedad.

La pertenencia al mundo popular estaba determinada por el color de piel si se trataba de negros, pardos o trigueños (aunque también había muchos plebeyos blancos), por la falta de “respetabilidad” (marcada por la ausencia del título *don/doña* delante de sus nombres), por la pobreza, la ocupación laboral (manual o sin calificación), la lejanía del poder político, la situación de dependencia con respecto a otros, las dificultades para poder formar un hogar y los espacios de sociabilidad compartidos. La mayor parte de los artesanos de la ciudad, junto con una suerte de heterogéneo proletariado urbano, y también los esclavos – que pese a la gran diferencia de no tener libertad estaban incluidos en muchos de los rasgos recién enunciados – formaban la “plebe” o “bajo pueblo”.

En la noche del 5 de abril de 1811 la facción de Saavedra organizó una concentración en la Plaza de la Victoria, la principal de la ciudad. Para ello “se saltó a los arrabales en busca de máquinas para ejecutar el movimiento, o como entonces se decía, se apeló a los hombres de poncho y chiripá contra los hombres de capa y de casaca”.²³ En esa sociedad preindustrial, la ropa era muy cara y ciertas prendas sólo podían lucirlas quienes tenían dinero. La levita era un símbolo de diferencia social; los hombres de los sectores medios y bajos usaban la chaqueta como prenda; los más pobres usaban poncho y chiripá, en ocasiones eran tildados de “descamisados”. Estos pobladores de los suburbios, apoyados por el grueso de las tropas presentes en Buenos Aires – que mantuvieron un segundo plano en la acción para evitar acusaciones de un movimiento realizado por la fuerza –, se presentaron como “el

²³ Ignacio Núñez, “Noticias Históricas”, *Biblioteca de Mayo*, T. I, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 452.

pueblo”. De este modo, estaban ampliando el alcance de un concepto que hasta entonces era socialmente limitado.

No es fácil conocer los motivos plebeyos para participar, siempre es muy difícil hallar documentos para explorar las posturas populares, pero hay dos causas que se pueden inferir. Primero, la movilización fue conducida por varios alcaldes de barrio, vecinos destacados de cada distrito a quienes el Cabildo designaba en el cargo para ocuparse de la policía, la higiene y el orden; su influencia era importante y pudieron volcarla en esta ocasión. Luego, el primer punto del petitorio entregado al Cabildo da un indicio clave: se exige la expulsión de todos los españoles de la ciudad. Esa animosidad contra los europeos era más moderada entre la elite que entre la plebe, que sufría cotidianamente las ventajas peninsulares en la consideración social, el comercio minorista o el mercado matrimonial. A ella se apeló, aparentemente, para lograr la masiva presencia popular. Surgió así una práctica: para que la elite pudiera movilizar a personas ajenas a ella no le alcanzaba con ejercer una autoridad o con disponer de relaciones clientelares; tenía que encontrar motivos compartidos con aquellos a quienes buscaba conducir, y así sería en los siguientes movimientos de la década. Cuando en 1814 Saavedra fue juzgado por lo ocurrido en abril de 1811, se quejó diciendo que la combinación de “plebe en la plaza y tropas sosteniéndola” había vuelto a ser utilizada en posteriores cambios de gobierno.²⁴

En 1811 apareció otra forma de participación plebeya: la fiesta política. En mayo se conmemoró el aniversario de la Revolución con festejos masivos. La presencia popular en celebraciones públicas era común hasta entonces, lo nuevo era que ahora se habían politizado. Las victorias militares y otros acontecimientos destacados se volvieron motivo de celebración callejera. Las fiestas mayas – para homenajear a la Revolución – se convirtieron en fundamentales para la vida pública porteña, abarcando a todos los sectores sociales.

El año 1811 terminó por volverse determinante en la historia popular por el motín en diciembre de la tropa del Regimiento de Patricios, formada sobre todo por jornaleros, artesanos y menestrales pobres (ninguno llevaba el *don* delante de su nombre). Tras la Revolución, el regimiento había sido convertido en parte del ejército de línea; pasado el fervor inicial, cuando la guerra empezó a alargarse, el impulso gubernamental hacia la profesionalización militar fue caldeando los ánimos en las filas.

²⁴ “Instrucción de Saavedra a Juan de la Rosa Alba”, en *Biblioteca de Mayo*, T. II, vol. 1, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960, p. 1122.

Algunos cabos redactaron un petitorio solicitando que “se nos trate como a fieles ciudadanos libres y no como a tropa de línea”. Un oficial amenazó con cortar la trenza, distintivo del regimiento, a quienes no mantuvieran la disciplina, provocando un rechazo generalizado: “más fácil les sería cargarse de cadenas que dejarse pelar”. La respuesta del oficial fue que si sentían el hecho como una afrenta “él también estaría afrentado pues se hallaba con el pelo cortado”, pero la indignada réplica argumentó “que él tenía trajes y levitas para disimularlo”. Así, en un movimiento que buscaba defender el derecho de los milicianos también se puso apareció en juego una tensión social entre la oficialidad y la tropa.²⁵ Los amotinados no aceptaron negociar y el gobierno terminó atacándolos con fuerzas leales, que lograron tomar el cuartel tras un corto y violento combate. Once dirigentes fueron fusilados y colgados.

De ahí en más hubo varios levantamientos o intentos de motín en el ejército de línea; a diferencia de las movilizaciones contra los gobiernos eran liderados por miembros de la plebe y no de la elite. En enero de 1819 fue otra vez el turno de la milicia: los sargentos, cabos y soldados del Tercer Tercio Cívico, cuerpo integrado por pardos y morenos, realizaron un motín contra las autoridades, que buscaban acuartelarlas y no respetaban así el derecho miliciano de servir desde cada domicilio; a esto se sumaron elementos de tensión racial. El soldado Santiago Manul dijo ante un grupo de changadores que el gobierno “es un ingrato, no atiende a nuestros servicios, nos quiere hacer esclavos” y que “vamos a morir en defensa de nuestros derechos”, al tiempo que hubo soldados que tuvieron expresiones “contra los blancos”.²⁶ El motín, finalmente, fue desbaratado.

Al año siguiente, el mismo Tercer Tercio, junto con el Segundo, que también tenía una importante composición plebeya porque aglutinaba a los habitantes de los suburbios de Buenos Aires, cumplieron un papel decisivo en los conflictos que siguieron en la ciudad a la caída del gobierno central. En octubre de 1820 ambos cuerpos, a los que se sumaron otros plebeyos, participaron, dirigidos por sus oficiales, en un levantamiento en contra del regreso al poder de la impopular facción que había ocupado el Directorio entre 1816 y ese año. La intervención de milicias de la campaña llevó a los oficiales rebeldes a negociar, pero las tropas de los Tercios decidieron resistir y fueron vencidas con

²⁵ Las citas textuales en Ernesto Fitte, *El motín de las trenzas*, Buenos Aires, Fernández Blanco, 1960, p. 92, 86 y 87.

²⁶ Archivo General de la Nación [en adelante AGN], sala X, legajo 30-3-4, Sumarios Militares, 957.

una gran matanza. Las milicias de la ciudad fueron empequeñecidas y debilitadas desde entonces.

¿Cuáles fueron las razones de la participación política popular? Una de las claves de la movilización en la década de 1810 fue la ya mencionada animadversión contra los españoles. En junio de 1812, un esclavo llamado Ventura denunció que su amo, el poderoso comerciante vizcaíno Martín de Álzaga, estaba organizando la contrarrevolución. Como consecuencia, el gobierno apresó a los peninsulares implicados y la presión popular lo forzó a tomar duras medidas: 33 españoles fueron fusilados a lo largo de un furioso mes, en el cual los porteños ganaron varias veces las calles ante rumores de invasión desde Montevideo con apoyo local. Los integrantes del Triunvirato fueron hostigados mientras caminaban o recibieron ataques a sus residencias al ser acusados de tibios. El asunto concluyó con cientos de españoles expulsados de la ciudad a zonas de la campaña bonaerense.

Ese odio politizado permitía a los plebeyos dirimir conflictos con los peninsulares surgidos en otras esferas; buena parte de las tensiones sociales de la época se subsumieron en ese tomar a los españoles como blanco. A lo largo de los años, varios fueron delatados – con evidencia o sin ella – por conspirar contra la revolución, y terminaron presos o muertos. La adhesión a la Patria, es decir al campo revolucionario, fue igualando simbólicamente a todos los americanos, incluyendo a los africanos, en oposición a los peninsulares, llamados “sarracenos”.

Es que en el apoyo a la Revolución hubo también una tendencia igualitarista. Ésta fue en alguna medida el resultado de la politización de una situación previa: una sociedad integrada según escribió el virrey Santiago de Liniers en 1806 por “gentes que se creen todos iguales”.²⁷ Según el relato de un integrante de la tropa de los cuerpos voluntarios de la milicia que se formaron en 1806, “los soldados de cada compañía no querían que sus oficiales llevaran la charretera sino una pequeña señal”, porque eran símbolos de vanidad; para mostrar su opinión hubo milicianos que se pusieron charreteras de papel en la bragueta.²⁸ El igualitarismo fue también una de las claves del discurso del grupo más radical de revolucionarios – de Moreno a Monteagudo – en los inicios de la Revolución, y también fue una de las claves del artiguismo, cuya zona de origen estaba ubicada a sólo cincuenta kilómetros de Buenos Aires.

²⁷ Cit. en Paul Groussac, *Santiago de Liniers*, Buenos Aires, Ediciones Estrada, 1943, p. 120.

²⁸ *Diario de un Soldado*, Ministerio del Interior, Buenos Aires, 1960, p. 65.

Las aspiraciones igualitaristas fueron poco satisfechas, pero de cualquier manera la Revolución, y también la guerra, dieron lugar a un cambio fundamental a este respecto: la disolución del sistema de castas, que obligaba a la inferioridad legal a negros, mestizos, pardos y zambos. Ya en la expedición que partió en 1810 hacia el norte, el comandante Juan José Castelli –un radical– alabó el comportamiento de las compañías de castas y preguntó al gobierno “¿No pudieran declararle cuando lo exija la oportunidad el uso del Don a uno de castas?”.²⁹ El cambio no fue inmediato pero empezó a desenvolviéndose a lo largo de esos años. Las desigualdades por el color de piel no desaparecieron de la sociedad, pero sí lo hicieron legalmente.

Para la población negra había un objetivo primordial, que compartían los esclavos y los libertos emparentados con ellos: obtener la libertad. En la Revolución encontraron un camino posible para lograrla: por un lado a través del ingreso de los hombres a los ejércitos, de donde suponían que iban a salir libres; por otro, por las esperanzas generadas por la libertad de vientres en 1813, que hizo a un moreno libre declarar en 1815 que “todo respira el desterrar la esclavitud”.³⁰ Esto no iba a ocurrir, aunque la esclavitud como institución se debilitaría muchísimo con la Revolución y su importancia económica se desmoronaría (a pesar de lo cual no fue abolida hasta la Constitución Nacional de 1853). En los años revolucionarios se creó una fuerte identificación de los negros con la causa de la Patria. Servirla daba derechos; cuando en 1820 un oficial insultó a unos soldados negros, uno de ellos le dijo que si bien era negro era un cabo de la Patria, dando inicio a una gritería en contra del oficial.³¹

A estas motivaciones de fondo hay que añadirle en cada movilización concreta las razones particulares, cuando se pueden dilucidar. En los motines descritos y en otras ocasiones lo que llevó a la acción, y a la determinación para defender posiciones, fue la sensación de un derecho ultrajado. Los derechos, aunque desiguales, eran un fundamento central de la sociedad colonial y la indignación que causaba el que no se los respetara era un motor poderoso para obrar.

En otras ocasiones puede parecer que la actuación popular se debió a la obediencia. Es lo que parece haber ocurrido en abril de 1815, cuando el Cabildo convocó con su campana a la defensa de la ciudad de un

²⁹ Cit. en Goldman, *Historia y lenguaje*, op. cit., p. 131.

³⁰ Solicitud de Hilarión Gómez en AGN, X, 8-9-4, Solicitudes Civiles y Militares.

³¹ AGN, X, 29-10-2, Sumarios Militares, 146.

posible ataque del Director Supremo Alvear, quien avanzaba con su ejército para sofocar el levantamiento en su contra liderado por aquella institución. Para la población, el Cabildo era un “padre” que velaba por el bien común, y muchos respondían a sus llamados. Pero también es verdad que Alvear era odiado porque había incrementado aún más el esfuerzo reclutador del Estado sobre la plebe, ya muy fuerte desde 1812, y porque había aumentado el precio de la carne y del pan – las bases de la dieta porteña – debido a impuestos para la guerra. Es indudable que ese descontento contribuyó a la obediencia prestada al llamado del Cabildo.³²

En el ya mencionado levantamiento miliciano de octubre de 1820, los plebeyos que intervinieron pueden haber concurrido por orden de sus oficiales y también porque el Cabildo respaldaba a de los rebeldes. Pero esto no alcanza como explicación, puesto que durante el mismo año existieron otras convocatorias en las cuales las tropas no respondieron a sus oficiales. No bastaba en esos momentos convulsionados con dar órdenes para que éstas fueran cumplidas, sino que se necesitaba un acuerdo en los motivos de la movilización. La obediencia no explica tampoco las causas de la intransigencia durante ese levantamiento de la tropa miliciano en la Plaza de la Victoria; los soldados, furiosos contra los “directorales”, no aceptaron las negociaciones de sus jefes. Lo primordial fue el posicionamiento político.

Otra causa de participación puede haber sido el clientelismo. Es indudable que existieron personajes que usaron su influencia barrial, conseguida gracias a su importancia social, a ejercer un cargo público o por ambas cosas (que en general se combinaban), para movilizar gente. Estos líderes locales se convirtieron desde la década de 1810 en piezas clave de la política porteña.

Esto es claro en el levantamiento de octubre de 1812, cuando la Logia Lautaro llegó al poder desplazando al Primer Triunvirato. La Logia había preparado una movilización de la que tomarían parte fuerzas militares e integrantes de de la Sociedad Patriótica, todos hombres de la elite. Sin embargo, a su lado hubo una presencia plebeya, ligada a la figura de Juan José Paso. Su hermano, Francisco, estaba vinculado a dos abastecedores de forraje de algunos cuarteles militares, Hilario y Antonio Sosa, a quienes su actividad les daba ascendencia en las quintas cercanas al ámbito urbano. Ambos participaron en la movilización y firmaron el

³² Los aumentos y sus causas en AGN, X, 30-10-1, Órdenes de Policía, 188; *Acuerdos del Extinguido Cabildo*, serie IV, Tomo VI, Buenos Aires, 1927, p. 405.

petitorio que se presentó al Cabildo. Es altamente probable que fueran ellos los que condujeron a muchos plebeyos a la plaza; indudablemente eso permitió que Paso, quien había integrado el Triunvirato contra el cual se estaba manifestando, fuera elegido para ser parte del nuevo gobierno. Asimismo, es posible que se haya prometido dinero a algunos concurrentes. Meses más tarde, el pardo Santiago Mercado, alias *Chapa*, quien se ocupaba de “trajinar en el comercio y andar comprando y vendiendo”, dijo que se habían empleado veintiséis mil pesos para sobornar a militares y a otros con el fin de que se hicieran presentes en la plaza ese día. Al poco tiempo, en enero de 1813, a través de una denuncia contra el mencionado Mercado, y de gente que oyó a “un dependiente” o a “varios mozos”, el gobierno tomó conocimiento de una conspiración en su contra dirigida por Francisco Paso y los hermanos Sosa.³³ Esta pequeña facción que agrupaba a prominentes miembros de la élite como los hermanos Paso, a líderes intermedios (*brokers*) como los Sosa y a seguidores como Mercado parece responder bien a un modelo clientelar. De todos modos, no implica que quienes acudieron no lo hicieran también por motivos políticos; de hecho, se supo que los Sosa habían usado argumentos para soliviantar los ánimos, diciendo que querían hacer guillotinar a “los malos paisanos”, lo cual recuerda lo ocurrido en abril de 1811.³⁴

Una característica que afianzó la participación del bajo pueblo en los asuntos públicos fue la politización de los espacios de sociabilidad popular. Mercados, calles y pulperías (esquinas en las que se vendían alimentos y otros bienes, además de ser despachos de bebidas), fueron sitios de difusión de rumores, de lectura de la prensa en voz alta y de discusiones políticas.³⁵

Al final de la década de 1810, la plebe había sufrido fuertemente la guerra de la independencia -muchos de los soldados que pelearon tenían esa extracción social; algunos entraron al Ejército voluntariamente y otros fueron obligados a hacerlo-. Los plebeyos pasaron largas temporadas en condiciones muy duras, y cuando terminó el conflicto solían seguir

³³ AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

³⁴ AGN, X, 29-9-8, SM, 83a.

³⁵ Para todo lo expuesto en este apartado puede verse Gabriel Di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo, 2006. La participación popular en la campaña bonaerense en los años revolucionarios, más limitada pero también importante, ha sido estudiada por Raúl Fradkin, “Cultura política y acción colectiva en Buenos Aires (1806-1829)”, en Fradkin (ed.), *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008, p. 27-65.

tan pobres como antes. De ahí la aparición de lamentos populares que recogió Bartolomé Hidalgo: “el que tiene es don Julano / y el que perdió se amoló: / sin que todos los servicios / que a la Patria le emprestó / lo libren de una roncada / que le largue algún pintor.”³⁶ Esa sensación fue una de las causas de la progresiva inclusión de una dimensión social en el conflicto político local que se afianzaría desde 1820: la aversión creciente contra los “aristócratas”, que reemplazaron a los españoles como principal enemigo de muchos plebeyos.

La participación popular siguió siendo activa y decisiva en la política porteña, tanto en las movilizaciones contra gobiernos, como en la intervención en las elecciones que se volvieron centrales en la política porteña desde 1821 y en otras agitaciones.³⁷ Esto se debió en buena medida a que la elite porteña no logró crear reglas duraderas para zanjar sus disputas facciosas, lo cual dio un protagonismo extendido a la movilización popular, al tiempo que esa participación dificultaba a su vez el logro de un orden que satisficiera a la elite. Recién en los años 1840, cuando promediaba el segundo gobierno del poderoso Juan Manuel de Rosas en Buenos Aires, el ciclo de movilización popular porteño llegaría a su fin. Rosas, obsesionado por el orden, entendió que para lograrlo debía controlar – según confió a un diplomático – a “los hombres de las clases bajas”, siempre dispuestos “contra los ricos y superiores”, para lo cual procuró “conseguir una influencia grande sobre esa clase para contenerla, o dirigirla”.³⁸ Lo consiguió a través de la eliminación de la competencia política efectiva en la ciudad de Buenos Aires, obteniendo así la desmovilización popular.³⁹

La participación popular en la Revolución fue uno de los cambios más fuertes introducidos por ésta: toda la política de la primera mitad del siglo XIX estuvo condicionada por aquella. Si se suma a las transformaciones enumeradas en el segundo apartado de este artículo, se puede apreciar que los años 1810 introdujeron modificaciones decisivas en el Río de la Plata. Es cierto que al observar otras esferas, como la

³⁶ “Diálogo patriótico interesante”, en Hidalgo, op. cit., p. 48.

³⁷ Para las elecciones véase Marcela Ternavasio, *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002.

³⁸ “Párrafos de la nota en que el agente oriental da cuenta á su gobierno de una conferencia con el nuevo gobernador de Buenos Aires don Juan M. Rosas” (1829), en José María Ramos Mejía, *Rosas y su tiempo*, T. I, Editorial Científica y Literaria Argentina, Buenos Aires, 1927.

³⁹ Tulio Halperin Donghi, *De la revolución de independencia a la confederación rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985; Gabriel Di Meglio, *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007.

judicial o la religiosa, los cambios son menos abruptos, pero ello no alcanza a equilibrar el peso de la innovación. Hay un dato más que marca el peso de lo ocurrido en esos diez años: la opinión de los contemporáneos; todos sostuvieron que estaban atravesando una experiencia única de convulsión, un cambio profundo. La Revolución transformó la vida de quienes la protagonizaron, defendieron y padecieron. Nada volvería a ser igual.

Solicitado em 15/12/2009.

Aprovado em 12/09/2010.